



# Revalorización sociológico-histórica de la revolución popular en Granada

Fecha de recepción: 17 de junio de 2025 - Fecha de aprobación: 23 de agosto de 2025

Gonzalo Esteban Calderón Mendoza<sup>1</sup>  
Universidad Nacional de San Martín  
Universidad de Buenos Aires

## Resumen

La revolución de Granada (1979-1983) marcó un hito en la historia caribeña al constituir un intento ambicioso por construir el socialismo en un microestado periférico. El Movimiento Nueva Joya (MNJ) lideró este proceso, que surgió como respuesta al autoritarismo de Eric Gairy y al descontento social por la desigualdad y la represión. Basado en principios de democracia revolucionaria y socialismo cooperativo, el MNJ buscó transformar las estructuras sociopolíticas, priorizando la participación popular y la autosuficiencia nacional.

El Gobierno Revolucionario del Pueblo (GRP), instaurado tras el levantamiento de 1979, implementó reformas educativas, económicas y sociales significativas, como la nacionalización de sectores clave y la promoción de la educación gratuita. No obstante, las tensiones internas, la dependencia de alianzas internacionales y la falta de una base social cohesionada complicaron su consolidación. La crisis de liderazgo entre Maurice Bishop y Bernard Coard desembocó en conflictos que debilitaron el régimen, lo que facilitó la invasión estadounidense en 1983.

El análisis de este episodio revela la complejidad de las transiciones al socialismo en contextos insulares y periféricos. Asimismo, muestra la relevancia del tejido social, la dirección política y la adaptación a las dinámicas globales para el éxito de proyectos revolucionarios.

## Palabras clave

Acción política; contienda política; Granada; política contenciosa; revolución.

## Abstract

The Grenadian Revolution (1979–1983) represents a milestone in Caribbean history as an ambitious attempt to construct socialism within a peripheral microstate. This process was led by the New Jewel Movement (NJM), which emerged as a response to Eric Gairy's authoritarian rule

---

<sup>1</sup> Politólogo de la Universidad Nacional de Colombia, Máster en Antropología Social por la Universidad de Extremadura, Máster en Derechos Humanos, Interculturalidad y Desarrollo por la Universidad Internacional de Andalucía y la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, maestrando en Estudios Sociales Latinoamericanos de la Universidad de Buenos Aires y doctorando en Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de San Martín.

and widespread social discontent stemming from inequality and repression. Rooted in the principles of revolutionary democracy and cooperative socialism, the NJM sought to transform sociopolitical structures by prioritizing popular participation and national self-reliance.

The People's Revolutionary Government (PRG), established following the 1979 uprising, implemented significant educational, economic, and social reforms, including the nationalization of key sectors and the promotion of free education. However, internal tensions, reliance on international alliances, and the absence of a cohesive social base hindered its consolidation. The leadership crisis between Maurice Bishop and Bernard Coard escalated into conflicts that undermined the regime, ultimately paving the way for the U.S. invasion in 1983.

An analysis of this episode underscores the complexity of socialist transitions in insular and peripheral contexts. It also highlights the critical role of social cohesion, political leadership, and adaptability to global dynamics in the success of revolutionary projects.

## Keywords

Contentious politics; Grenada; political action; political struggle; revolution.

## Caracterizaciones introductorias

La insurrección del 13 de marzo de 1979 que depuso al primer ministro de Granada, Sir Eric Gairy, fue la primera transferencia de poder gubernamental realizada por medios no constitucionales en el Caribe anglófono. Asimismo, la invasión estadounidense a esa misma isla, desplegada durante la última semana de octubre de 1983, se presentó como la primera intervención de tropas norteamericanas sobre un territorio de habla inglesa y como la primera ocupación de un Estado del Caribe por parte de los Estados Unidos desde su irrupción en la República Dominicana (1965).

La revolución granadina ha llegado a catalogarse como la apuesta más ambiciosa por construir el socialismo en el Caribe angloparlante. De hecho, en las latitudes caribeñas, solamente se la ubicaría detrás de las revoluciones haitiana y cubana, en lo que respecta a la profundidad de sus cambios sociopolíticos (Heine, 1990b). El GRP, establecido en Granada entre 1979 y 1983, corporiza un ingente esfuerzo por comandar una transición al socialismo en un microestado periférico a través de la denominada vía no capitalista de desarrollo (VNC).

Granada es la más pequeña y la más densamente poblada de las islas de Barlovento y, como tal, abrevia en el legado común de las sociedades de plantación propias del Caribe. La mayoría poblacional es afrodescendiente,

debido a la importación de seres humanos esclavizados por los colonizadores ingleses en los siglos XVII y XVIII, en aras de abastecer de mano de obra a las haciendas azucareras, que hasta mediados del siglo XIX representaban la principal actividad económica. Asimismo, existe una pequeña cuota de población con orígenes indios y portugueses, que descende de trabajadores movilizados para reemplazar la fuerza de trabajo esclavizada que se perdió luego de la emancipación profrancesa (1795).

En consonancia con otro rasgo regional común, el tejido social granadino se creó completamente por los dictámenes de la colonización europea (francesa y británica) después de la eliminación de la población aborígen. Se presenta en la isla una conjunción relevante entre el folk y la élite. El primero alude a las capas de piel oscura, predominantemente rurales y con un nivel relativamente bajo de educación. Por su parte, la composición sociohumana de la élite tiende a presentar la tez más clara, a habitar principalmente en la ciudad capital, St. George's, y a contar con una formación educativa más consistente.

En Granada no se evidencia una cultura "tradicional" que funja como pivote de una identidad nacional. En cambio, lo que se dilucida es una sociedad anti-llana y creole,<sup>2</sup> marcada por la impronta de la colonización y la herencia africana y, en menor medida, india, que pervive en las expresiones populares. Cabe destacar que, aunque la colonización británica fue histórica y socialmente mucho más extensa —ello se patentiza en la pertenencia de la isla a la Mancomunidad de Naciones—, el influjo francés es bastante fuerte. Esto se condensa en el uso del *patois*<sup>3</sup> como, otrora, la lengua preponderante del campesinado y en el predominio del catolicismo (dos terceras partes de la población profesan esta religión).

2 Los términos franceses *créolité* y *créole* se traducen al castellano de diversas maneras. Sin embargo, aquí se opta por emplear creolidad y creole para evitar confusiones derivadas de las connotaciones ambiguas de lo criollo y la criollidad en las interpretaciones históricas y lingüísticas de raigambre hispanohablante.

3 *Patois* es una palabra que proviene del francés antiguo y que, esencialmente, quiere decir «hablar con las manos». Se empleaba de forma despectiva para referirse a lenguas usadas en pequeñas poblaciones, algunas muy parecidas al francés parisino, pero que constituían dialectos propios de grupos humanos reducidos. Posteriormente, el término pasó a denotar las lenguas pidgins (mixtas) originadas por la colonización y que evolucionaron hasta convertirse en lenguas creoles.

Granada fue una de las primeras islas en abandonar el cultivo de caña de azúcar como actividad económica principal. Ya en 1870, el azúcar dio paso a la cocoa, la nuez moscada y los plátanos. Esto le ha permitido contar con una economía algo más diversificada que la del promedio insular caribeño. Su orografía altamente montañosa, que ha sido un obstáculo para la mecanización de la actividad agrícola, junto con la relativa buena calidad del suelo y el sistema de medieros (*metayage*) perfiló un sistema particular de tenencia de la tierra. Un número pequeño de hacendados controlaba una cantidad considerable de terreno y convivía con un gran número de minifundistas en propiedades con una importante fragmentación. Resultado de lo anterior es la formación de un agoproletariado: un grupo social que, aun teniendo propiedad sobre la tierra, precisa de trabajar como asalariado (Henry, 1990).

Ya a mediados del siglo XX, las excentricidades de Gairy, su grupo pandillero de seguridad<sup>4</sup>, la represión que desencadenó a raíz de la creciente movilización en contra de su desgobierno y los señalamientos de “dictadura” por parte del GRP configuraron los factores que contribuyeron a generalizar la percepción de la llamada “era Gairy” (1951-1979), como un periodo similar al de los regímenes autoritarios de Anastasio Somoza, Fulgencio Batista o François Duvalier. Sin embargo, hubo diferencias esenciales en el gobierno de Gairy respecto de esos regímenes.

Gairy operó importantes cambios políticos en Granada. Si bien puede constatarse la comisión de abusos por parte del estamento granadino, no es menos cierto que las instituciones básicas del sistema de Westminster permanecieron relativamente estables bajo el mandato de Gairy, incluso con ejercicios electorales formalmente libres realizados de manera ininterrumpida. Más como un dictador prototípicamente caribeño, del porte de Rafael Leónidas Trujillo, la figura de Gairy puede entenderse como la de un político temerario que estiró, férreamente y hasta sus límites, el sistema parlamentario mancomunitario.

4 La *Mongoose Gang* fue un ejército privado que operó desde 1967 hasta 1979 bajo el control de Gairy. Oficialmente, los miembros de la Pandilla de la Mangosta se llamaban “Policía de Reserva Especial” (SRP) o «Agentes Voluntarios».

En su juventud, Gairy destacó notablemente como líder sindical y logró, en 1951 y por primera vez en la historia granadina, el encauzamiento de las energías emanadas de la sed de justicia del campesinado para obtener la expansión del sistema político y, seguidamente, el establecimiento del sufragio universal. La Unión de Trabajadores Manuales y Metalúrgicos (MMWU, por su sigla en inglés) y el Partido Laborista Unido (GULP, por su sigla en inglés), ambos fundados por Gairy, fueron los actores políticos clave para desafiar al poder establecido y, así, obtener un cierto grado de respeto para la ciudadanía promedio, lo que le prodigó una aprobación y una simpatía general hasta finales de los años sesenta, principalmente de las poblaciones rurales. A todo ello se agrega el rol decisivo que desempeñó Gairy en la oposición a la política colonial y en el desarrollo constitucional de Granada: durante su gobierno, pasó de Estado Asociado (1967) a nación independiente (1974) y destacó como la primera de todas las islas de las Antillas Menores en llegar a una “plena” soberanía.

En ese contexto deben estudiarse, sociohistóricamente, las particularidades que llevaron al desplazamiento de Gairy a causa del levantamiento instigado por el 5 MNJ en 1979. Para ello, primero se expondrá la postura epistemológica que sustenta el presente ejercicio heurístico y, ulteriormente, se enfatiza lo atinente al movimiento popular revolucionario y a su régimen.

## Rutas teórico-conceptuales

El derrotero gnoseológico que sustenta la pretensión de estas líneas encuentra especial asidero en lo que Mariana Gené y Gabriel Vommaro (2011), en su revalorización de la obra y el pensamiento de Michel Offerlé, han bosquejado como el “mestizaje” del campo de la sociología política: la sociohistoria,<sup>6</sup> como una mirada analítica provechosa de lo político. Se aboga por la comprensión de lo político como “un debate de perspectivas y aproximaciones de campo” (Gené y Vommaro, 2011, p. 8) que proporcionan nodos de intelección de las sociedades contemporáneas bajo el prisma de la historia. Así, frente a las diná-

5 *New Jewel Movement* en inglés.

6 Aunque en el fragmento de Gené y Gabriel Vommaro (2011) se redacta el término como *socio-historia*, en nuestro trabajo se opta por el respeto a las normas gramaticales del castellano, aquellas que indican que los prefijos se unen sin guion a la palabra a la que acompañan (excepto si esta comienza con mayúscula).

micas de conflicto social, es insoslayable aprehender que “no existe ninguna democracia, por más abierta y universal que ella se quiera, que no delimite ‘una exclusión externa’ [...] cuyas producciones, incluso las discursivas, son devaluadas” (Gené y Vommaro, 2011, p. 12), en las que incluso es imposible el acceso al estatus político de las opiniones. La radicalidad/radicalización es fruto de una coproducción interaccional entre lo interno y lo externo, lo que conlleva el interés por las luchas que, en términos de inclusión/exclusión del espacio político legalizado y, hasta cierto punto, legítimo/legitimado, desarrollan tanto los actores políticos marginados/marginales —por entrar o mantenerse fuera— como los actores políticos centrales/centralizados —por adentrarse o por mantenerse fuera—. Si los bordes de los espacios políticos legítimos y de las prácticas políticas aceptadas son movibles, ha de tratarse los procesos políticos como conflictivos y abiertos o, como mínimo, en tanto intentos de cierre que, aunque se consideren naturalizados, son parciales. El encuentro e imbricación multidisciplinar de la sociohistoria conduce a la posición metodológica del asombro frente a las instituciones, rutinas y objetos atravesados por la normalización. La observación honda de las prácticas advierte, de ese modo, “la creación de roles y su transformación en el tiempo, la aparición de dispositivos que habilitan y estimulan ciertos modos de hacer, y la manera en que los actores se apropian de esas tecnologías de forma contextual” (Gené y Vommaro, 2011, p. 15). Aunado a ello, la atención crucial e historizante a los conceptos y los sentidos que ellos movilizan se combina con herramientas sociológicas y politológicas para, precisamente, desnaturalizar y problematizar los procesos y las instituciones de cariz sociopolítico. La acentuación de las prácticas y de los usos diversos de los repertorios y mecanismos democráticos, y de los actores que coadyuvieron su construcción o destrucción, apunta a “desencantar” la historia en pos de una aproximación dinámica y compleja a las articulaciones entre lo político y lo social, entre lo macro y lo micro. Poner el foco en las estructuras políticas de representación y de legitimación de los grupos sociales es imprescindible para “desfetichizar” las instituciones y las relaciones de poder históricamente ubicadas y para restablecer los sentidos y justificaciones que los actores políticos dan a la acción colectiva. Por ese cauce, es indefectible la retrotracción a la visión de Charles Tilly (1978) para identificar al Estado como el escenario político por antonomasia de las disputas. El Estado es el perpetrador más común de la violencia: la mayor parte de las revoluciones suceden cuando

los grupos excluidos, o en proceso de exclusión, se organizan políticamente como adversarios del poder estatal. Las revoluciones son consecuencia de los choques entre los Estados, la intención de defender las relaciones de poder existentes y los aspirantes que (se) organizan (en) acuerdos alternativos de poder. El estallido de los movimientos acaece no tanto cuando colapsa el orden establecido, sino cuando hay nuevas redes, organizaciones e, incluso, nuevos Estados. Aprender los ciclos de protesta y movilización, así como las revoluciones, no solo como acciones políticas, sino también como actividades racionales, implica, desde el “modelo de comunidad política” de Tilly (1978), entender la protesta como forma política de reclamo moldeada por las interacciones entre los gobiernos, los aspirantes/desafiantes organizados y las coaliciones ensambladas durante los enfrentamientos, entre otros actores y mecanismos políticos.

Evitando el nacionalismo metodológico y, al desplegar un análisis de movilización de recursos, con Tilly (1978) es posible argumentar que el éxito de la movilización está condicionado por la disponibilidad de recursos y la creación de movimientos sociales organizados (MSO). La relevancia semántica y contextual que los actores dan a sus acciones se entronca con el devenir cultural y con la difusión de los repertorios contenciosos (contienda/contención), apunta a un enfoque realista relacional, donde los procesos y dispositivos de intermediación, activación de fronteras e identidades sociales son objeto nuclear de un examen político que es, a su vez, etnográfico y narrativo. De tal modo, es factible vislumbrar la constitución interdependiente entre la política institucional y la política contenciosa.

Por esa línea, y como arguye Sidney Tarrow (1997), “Provocar, coordinar y mantener esta interacción es la contribución específica de los movimientos sociales, que surgen cuando se dan las oportunidades políticas para la intervención de agentes sociales que normalmente carecen de ellas” (p. 17). A través de repertorios de enfrentamiento, tanto con dilatadas trayectorias como con innovaciones desde los márgenes, estos movimientos conminan a la acción colectiva. Teniendo como base las redes sociales, los símbolos y los marcos culturales que estructuran las relaciones sociales, los movimientos —impulsados por las oportunidades políticas— recurren a mecanismos cau-

sales para superar las barreras que se contraponen a la acción colectiva y, al mismo tiempo, para conservar la interacción con el Estado y sus antagonistas.

Y es que “el acto irreductible que subyace a todos los movimientos sociales y revoluciones es la *acción colectiva contenciosa*” (Tarrow, 1997, p. 19).<sup>7</sup> Lo contencioso radica en la orientación hacia la acción colectiva cuando es esgrimida por grupos sociales sin acceso regular a las instituciones; grupos que configuran sus demandas desde reivindicaciones nuevas o históricas y sistémicamente no aceptadas, y que representan una amenaza para la estabilidad del orden. Cuando esos actores sociales conjuntan sus acciones en derredor de aspiraciones compartidas y en secuencias interaccionales sostenidas con sus rivales, incluidas las autoridades, es porque tienen lugar los movimientos sociales. La acción colectiva no solo es la base de los movimientos sociales, sino que es el recurso fundamental y, en algunos casos, único, del que disponen las mayorías sociales para retar a contendientes más consolidados y mejor armados. En definitiva, la acción colectiva se vincula sociológica e históricamente con las redes sociales, los discursos ideológicos y las pugnas políticas populares, permitiendo distinguir las propiedades sustanciales de los movimientos sociales: escenarios de desafíos colectivos, de concepción de objetivos comunes, de potenciación de la solidaridad y de mantenimiento de la acción (Tarrow, 1997, p. 21).

Las oportunidades fundamentales para los movimientos son las transformaciones en la estructura misma de las oportunidades políticas. Por su parte, los recursos externos trascendentales son las redes sociales y los marcos culturales en los que se da la acción colectiva en medio de los conflictos por la definición de las convenciones. Los repertorios, las oportunidades, las redes y los marcos son los elementos con los que se forjan y arraigan históricamente los movimientos. A diferencia de los ciclos de movimientos, las revoluciones son, en sí mismas, luchas por el poder en las que se busca producir nuevos centros de soberanía. Los movimientos sociales y las revoluciones, como rasgo distintivo del panorama político a partir de la segunda mitad del siglo XX, empezaron a dirigirse cada vez más a las oportunidades que permite el Estado-nación

<sup>7</sup> Cursivas en el original.

para la acción colectiva. El Estado no se circunscribió a objetivo de las reivindicaciones, sino que fue el espacio y escenario político de enfrentamiento y resolución de pleitos entre contrincantes.

El cambio en la acción colectiva se dinamiza a corto y largo plazo, y los movimientos se activan por medio de la radicalización o del acercamiento a la convención. Cada una de estas opciones conlleva peligros para el movimiento: la radicalización limita la base social y puede provocar fraccionalismo y represión, y la aproximación convencional se expone al condicionamiento y la cooptación. El repertorio progresa según su capacidad de innovación funcional. La habilidad adaptativa se ve favorecida por la creatividad y la astucia de la que se disponga para asumir, aprovechar y convertir los marcos semánticos y culturales políticamente beneficiosos en marcos de acción colectiva: es "el entretendido de nuevos materiales en una matriz cultural lo que produce marcos de acción colectiva en expansión" (Tarrow, 1997, p. 232). El poder de los movimientos emana de (las) oportunidades políticas: su potencial se hace exponencial cuando hay una ampliación en las oportunidades, una división en las élites y una serie de realineamientos sociales.

No obstante, y de acuerdo con Doug McAdam et al. (1999), un trabajo analítico sobre la aparición y el andar de los movimientos sociales y las revoluciones, además de apreciar la estructura de oportunidades políticas y las constricciones que han de enrostrar los movimientos, debe contar también con las formas organizativas, formales e informales a disposición (estructuras de movilización), y con los procesos colectivos (enmarcadores) de "interpretación, atribución y construcción social que median entre la oportunidad y la acción" (p. 23) y que aluden a esfuerzos estratégicos conscientes realizados por grupos sociales concretos con la intención de confeccionar visiones compartidas del mundo que legitimen y dinamicen esa acción colectiva. Las formas que adopten los movimientos y las revoluciones dependen de un amplio espectro de oportunidades y retracciones políticas derivadas del contexto nacional en el que se inscriban. Los cambios sociales que transmutan el orden político establecido, en algo más permeable y receptivo, deben atribuir deficiencias al sistema: "el impulso a la acción se halla ciertamente vinculado a la vulnerabilidad estructural, pero es, básicamente, un fenómeno cultural" (McAdam et al., 1999, p. 30).

El acercamiento ponderado al universo de la política contenciosa (contienda política) acusa la necesidad de justipreciar la imbricación y la interrelación consustancial de la “contienda contenida” (lo convencional) y la “contienda transgresiva” (lo no convencional). Esta correlación dinámica es la piedra angular de la generación procesual de desarrollos históricos complejos, tales como las revoluciones (McAdam et al., 2005). El análisis dinámico de la acción colectiva integra sustancialmente el estudio de los actores políticos y de sus ámbitos diversos de actuación en un escenario —también dinámico— determinado en el tiempo (episodios), cuando secuencias relevantes de las contiendas (procesos) se interconectan y concatenan en elementos y variables (mecanismos causales: ambientales, cognitivos y relacionales).

### Relatoría analítico-interpretativa de caso

Una vez conseguido el importante resultado de la independencia en 1974, Gairy demostró gradualmente estar menos dispuesto a compartir los poderes gubernamentales, aceptar la disidencia y respetar los derechos de la oposición. El otrora adalid de las causas del agroproletariado reprimió fuertemente las manifestaciones de la burguesía urbana, que se hallaba compuesta, fundamentalmente, por una nueva generación de jóvenes para la cual los logros pasados del primer ministro no podían ser una carta blanca para la arbitrariedad (Whitehead, 1990). Una cantidad ingente de profesionales granadinos/as, que se había formado en el exterior, se radicalizó y organizó gracias al contacto directo con las comunidades caribeñas en el Reino Unido y en los Estados Unidos, así como la influencia ejercida por el Movimiento de Poder Negro y la revolución de febrero de 1970 en Trinidad. Sin embargo, Maurice Bishop, Kendrick Radix y otros líderes de grupos como el Movimiento para las Asambleas del Pueblo<sup>8</sup> (MAP) y el Esfuerzo Conjunto por el Bienestar, la Educación y la Liberación (JEWEL),<sup>9</sup> abandonaron rápidamente la aparente ineficacia ideológica del Poder Negro en Granada para abrazar los principios democráticos de base inspirados en el socialismo, el cooperativismo económico y el desarrollo social del Ujamaa de Julius Nyerere en Tanzania (Thorndike, 1990). Después de

<sup>8</sup> *Movement for the Assemblies of People.*

<sup>9</sup> *Joint Endeavor for Welfare, Education and Liberation.*

la participación en un ciclo de movilizaciones y protestas iniciado en 1970, estos *líderes fundaron el MNJ el 11 de marzo de 1973, esencialmente como una combinación del JEWEL y el MAP. Pronto*, el MNJ se conformó como el contendiente acérrimo del régimen de Gairy. Su manifiesto demuestra claramente un enfoque pragmático en cuanto al liderazgo y un conocimiento prístino de las problemáticas del pueblo granadino: altas tasas de inflación y desempleo, acceso limitado de las clases populares a la educación, un sistema de salud inoperante y un déficit en el transporte público (Pérez Reisler, 2019). En su ideario de origen, el MNJ planteó un programa detallado de reconstrucción sociopolítica que, en cierta medida, anticipó muchas de las acciones del GRP. Las propuestas centrales del manifiesto radicarón en la nacionalización de la industria turística, bancaria y de los seguros. Aunque había guiños de redacción al Manifiesto Comunista<sup>10</sup>, bajo ningún aspecto se puede considerar al manifiesto como una declaración socialista; más bien era un llamado al desarrollo de Granada desde una enfática priorización en los asuntos nacionales y en la eficiencia del uso y la movilización de los recursos humanos, materiales e inmateriales de la isla. El MNJ propugnó un rechazo total al parlamentarismo del modelo de Westminster, proponiendo una compleja estructura de asambleas populares (aldeanas, distritales y nacional) y un sistema de gobierno sustentado en el liderazgo colectivo elegido por la pretendida Asamblea Nacional, en el cual se descartaba la existencia del cargo de primer ministro. Si bien había, implícitamente, una fuerte crítica al mal funcionamiento de la economía, así como a su inserción dependiente en la economía mundial, no se presentaba una denuncia directa al capitalismo ni una identificación de las causas adyacentes del subdesarrollo insular, allende la incompetencia de los políticos tradicionales que habían regentado el país (Henry, 1990). El manifiesto fue un convite a la acción colectiva que, desde la solidaridad, conminaba a los/as granadinos/as a agenciarse el destino y la construcción de la identidad nacional como objetivos comunes de la lucha política. En comparación con otros grupos contendientes antillanos, el MNJ no se mantuvo largamente en la oposición, sino que, aprovechando las oportunidades políticas coyunturales, arribó al poder tan solo seis años después de su fundación. Tal resultado fue fruto de los profun-

10 En una de sus frases el manifiesto del MNJ reza lo siguiente: “Pueblo de Granada, no tenéis nada que perder salvo vuestra explotación” Heine (1990b).

dos cambios en los marcos socioculturales dados entre los años cincuenta y setenta, y de las tácticas y estrategias con las que el MNJ aplicó ciertos mecanismos causales. Una de las transformaciones más importantes en esos marcos fue la expansión de la pequeña burguesía. El crecimiento del sistema educativo y el fortalecimiento del turismo hicieron que los tradicionalmente exiguos sectores medios de la sociedad granadina, insertos entre el folk y la élite, comenzaran a germinar como una fuerza política en ascenso, principalmente en St. George's y su zona metropolitana. Justamente, Gairy, al ampliar significativamente el número de funcionarios públicos luego del establecimiento del Estado Asociado, nutrió también la expansión de esa clase. El acicate que en 1970 activó el proceso revolucionario, basado en un largo resentimiento por los desmanes de Gairy, fue, curiosamente, una huelga de enfermeras. Es igualmente llamativo que, a mediados de los setenta, las únicas organizaciones que simpatizaban activamente con el MNJ en el Comité de los Veintidós (principal frente de oposición) eran dos sindicatos de profesores/as. Asimismo, es diciente que el sindicato más fuerte organizado por el MNJ fuera el de los/as trabajadores/as bancarios/as. El apoyo al MNJ provenía mayoritariamente de los sectores urbanos más jóvenes y con mayor educación, y no tanto de la población rural adulta y de bajo nivel educativo que fue la base de respaldo de Gairy a principios de la década de los cincuenta (Pérez Reisler, 2019). El nacionalismo, hasta los años setenta, había sido muy tenue y frágil. Siendo una diminuta isla con un gran flujo de emigración, en Granada el pueblo se sentía impulsado hacia una miríada de orientaciones. A lo largo de su historia había pertenecido al Imperio británico, a la Federación de las Islas Occidentales y hasta se encontró cerca de anexarse a Trinidad en 1962. Sin embargo, el movimiento del Poder Negro, la independencia de otras naciones caribeñas y la lucha por los derechos civiles en los Estados Unidos impactaron fuertemente a la sociedad granadina, lo que fue exaltando la búsqueda de identidad nacional. Gairy fue incapaz de sacar provecho de ese sentimiento, siendo abiertamente reluctant a someter el proceso de independencia a la voluntad popular y omitiendo el plebiscito que se efectuaría con relación a ello. Fue precisamente el MNJ el que sí usufructuó la traza protonacionalista, movilizandorecursos para acciones reivindicativas de base, especialmente en lo tocante a la satisfacción de las necesidades materiales. El MNJ, organizacionalmente, fue convirtiéndose en un partido

de vanguardia y, desde la perspectiva programática y operativa, se conformó como un movimiento flexible de fisonomía no solo nacionalista, sino también antidictatorial, capaz de recabar apoyo en todos los sectores de la comunidad granadina, especialmente, y como se ha acotado, en la juventud y en la pequeña burguesía (Pérez Reisler, 2019). La flexibilidad de la dinámica de aprovechamiento de un repertorio diverso de confrontación en el espacio político fue clave en el resultado exitoso del movimiento; evidencia de ello fue el aumento de las respuestas represivas por parte de un régimen que se iba sintiendo cada vez más sitiado. El MNJ denotó una alta eficacia en suscribir, representar, agitar y consensuar las demandas de la opinión pública. Aunque en principio apoyó la independencia, fue certero en sus críticas al modo en que Gairy gestionó este proceso. De hecho, la celebración de ese hito se vio salpicada por ciclos de huelgas y manifestaciones en toda la isla, en contra de lo que un gran sector de la población entendía como una mera estratagema megalómana y personalista del primer ministro. Sin embargo, no fue en las calles ni en la legislatura donde caería el gobierno de Gairy. Sería en los cuarteles del valle de True Blue donde, en el amanecer del 13 de marzo de 1979, el brazo armado del MNJ redujo sorpresivamente al ejército, mientras que el jefe de gobierno asistía a una reunión de la ONU en Nueva York (González Urdaneta, 1982). El levantamiento fue el culmen del trabajo político desplegado por el MNJ durante un sexenio, aquel en el que consiguió generar un considerable apoyo popular en contraste con la laxa y legalista oposición del Partido Nacional de Granada (PNG). La apertura a la contienda transgresiva, que no se vio constreñida por los sesgos ideológicos de la disputa, fue la que quiso continuar el MNJ cuando constituyó el GRP. Fue en el sistema educativo donde esa apuesta se apreció con mayor claridad. Amén del establecimiento de la gratuidad de la educación secundaria y de la ampliación de facilidades para los estudios universitarios, el nuevo enfoque de la política lingüística privilegió el creole como idioma propedéutico reconocido, tanto en las labores de alfabetización como en la formación profesoral (Henry, 1990). No obstante, esa ductilidad transgresiva del GRP brilló por su ausencia en la relación con un importante actor político: las iglesias cristiano-católicas. Antes bien, fue el dogmatismo ocasional de una postura científica del socialismo el que ocasionó fricciones y conflictos evitables entre el naciente gobierno y una sociedad profundamente religiosa. Asimismo, la instauración de un nuevo

régimen basado en una legitimidad revolucionaria “no electoral” fue un hecho, cuando menos, controvertido. Dirigido por Maurice Bishop como primer ministro, y secundado en esa tarea por Bernard Coard como ministro de Finanzas —y luego como viceprimer ministro—, el gabinete del GRP estuvo configurado predominantemente por miembros del MNJ. Se erigió una nueva Corte Suprema y se legisló por decretos aprobados por el gabinete (leyes populares). El Ejército Revolucionario Popular (ERP), bajo la comandancia de Hudson Austin y con asesoría de colaboradores de Coard, reemplazó al Ejército de Granada. Además, se estatuyó una milicia popular de fuerzas civiles de apoyo al ERP. En cuanto a los marcos democráticos de “base” del manifiesto de 1973, llegaron a establecerse consejos y asambleas en los niveles de aldea y distrito. El objetivo primordial era que el pueblo tuviera las oportunidades para discutir sus necesidades y aspiraciones desde un plano comunitario que fuera transmisible a las altas dependencias gubernamentales. En la práctica, como proyecto político innovador, la implementación de la dinámica asamblearia tuvo dificultades; pero, más allá de ello, la experiencia granadina con esa apuesta popular es uno de los tanteos más distinguidos en cuanto a democracia de base caribeña (Thorndike, 1990). El GRP creó un conjunto de organizaciones de masas para reestructurar la movilización. Dentro de esa serie se destacaron la Organización Nacional de Mujeres (ONM) y la Organización Nacional de la Juventud (ONJ). El sindicalismo también recibió un sólido respaldo: una ingente cantidad de leyes lo favorecieron en términos de afiliación de trabajadores/as. El GRP viró su curso y se alejó del sistema parlamentario de Westminster, inclinándose por lo que Bishop entendía como “democracia revolucionaria”: se prescindía de elecciones al considerarlas un reduccionismo de las libertades democráticas y un oscurecimiento de la complejidad del proceso social (Heine, 1990b). Al dinamizar extensamente la movilización popular, involucrándola activamente en el proceso de reconstrucción nacional, el GRP buscó asentar las bases para la solidificación identitaria ausente hasta ese momento. Desde los prismas de la economía política, el desempeño del GRP recibió la aprobación del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial (BM), a diferencia de la opinión que esos organismos internacionales tenían sobre otras transiciones socialistas como las de Jamaica (1980) o Chile (1973). Para el GRP, las tres columnas económicas eran la agricultura, la pesca y el turismo. Desde ese diagnóstico em-

prendió un ambicioso programa de reestructuración que cambiara la distribución de poder y de recursos para que la economía nacional pasara a ser la fuente principal del crecimiento. Durante un periodo particularmente inestable de la economía mundial, a principios de los ochenta, la economía de la pequeña isla, abierta y endeble, se desenvolvió relativamente bien, incluso mientras intentaba poner en marcha su afanoso programa reconstructivo (Joefield-Napier, 1990); en ese sentido, la colaboración exterior fue más que relevante para el alcance de las metas programáticas (Pedrosa y Gómez Talavera, 2014).

Al no caer en una tentación “populista” de gasto acelerado, el GRP revalidó la posibilidad de una conducción económica efectiva con un compromiso con el socialismo de la VNC. La participación popular en la discusión presupuestal de la nación llevó a que el GRP vinculara las crecientes expectativas de la ciudadanía con su propia capacidad de mejorar el nivel de vida, siempre teniendo en cuenta las limitaciones regulatorias propias de un pequeño Estado y de una sociedad periférica. En la arena de las relaciones internacionales, el GRP introdujo modificaciones mucho más incisivas. Al mes de haber asumido el poder, ya se habían forjado intercambios diplomáticos con Cuba (Suárez Salazar y García Lorenzo, 2008). Luego hubo un rápido desplazamiento hacia una alineación más cercana a la Unión Soviética y a una solidaridad tercermundista militante y antiimperialista que proporcionó financiamiento internacional de países como Corea del Norte, Libia e Irak. Esto acrecentó la presión de los Estados Unidos hacia el GRP; las relaciones con el país norteamericano se deteriorarían progresivamente hasta llegar a la fatídica invasión de 1983 (Domínguez Ávila, 2008). Algunos autores consideran la aparente inconsistencia entre una política interna práctica y adaptativa a la realidad del mercado y una política exterior especialmente audaz frente al neoimperialismo una incógnita del decurso del GRP (Heine, 1990a). El liderazgo del MNJ y, por extensión, del GRP estuvo más preocupado por satisfacer a sus benefactores internacionales, incluso si eso significaba renunciar a su independencia real ante el objetivo de integrarse con mayor seguridad en el bloque socialista. Ese talante dejó entrever que, para el GRP, la revolución no podía mantenerse por sí misma.

## Crónica de una muerte no anunciada

Hasta su crisis final, el GRP desarrolló extensos mecanismos causales de democracia de base. Incluso, antes de la traición y “ajusticiamiento” de Bishop y su círculo cercano, por orden de Coard y sus secuaces en 1983, el GRP no había ejecutado a ninguno de sus opositores, judicial o extrajudicialmente, ya fueran convictos o no. Las principales características del proceso político revolucionario en el gobierno atendieron a una fase de desarrollo democrático-nacional: la relación no antagónica con el sector privado; la renuencia a una política de expropiación de tierras; la posición prosoviética en su política exterior; la prioridad del mejoramiento infraestructural, etc. Es cierto que, en sus primeros años, las acciones del GRP redundaron en una disminución de la influencia de las élites y en un fortalecimiento multiambiental de los estratos afrocaribeños por medio de un creciente sustento institucional, dictámenes oficiales positivos y un mayor grado de compromiso en la reproducción social cotidiana impulsada por las tendencias nacionalistas hacia un sistema cultural criollizado. Empero, los bajos índices de alfabetismo provocaron que, con el pasar del tiempo, la movilización revolucionaria fuera haciéndose insuficiente. Esta fue perdiendo terreno ante orientaciones prerrevolucionarias y contrarrevolucionarias de tramos capitalistas que se oponían a la nueva cultura política (Henry, 1999). Para paliar el inminente rechazo, el GRP apeló a la movilización de sus recursos, aumentando los niveles de violencia simbólica en los mecanismos respectivos a los subsectores ideológico y de comunicación de masas. Ese incremento pudo haber sido menos cruento si el régimen revolucionario hubiera perfilado una real renovación en su contención transgresiva. El trágico fin de la andadura del GRP dejó claro una contradicción entre el poder estatal y el poder popular que no fue susceptible de traducción en los marcos culturales. Aunque hubo una gran destreza para extraer aprendizajes directos de otras experiencias —incluso fallidas— de transición al socialismo (Jamaica, Guyana y Chile), la ausencia en Granada de una clase obrera como tal y de un campesinado mensurable derivó en que el potencial revolucionario recayera en la pequeña burguesía y en la *intelligentsia*. De todas formas, el MNJ encontró, hábilmente, una utilidad teórica en los rumbos bosquejados por la VNC. La crisis terminal de la revolución se abrió con la conducta compulsiva de Coard,

mucho más ortodoxa en términos marxistas-leninistas, y con la respuesta insuficiente o inadecuada de Bishop a esa actitud. Los indicadores apuntaban a una pronta consolidación gubernamental de la revolución como efecto de la interacción mantenida en el proceso revolucionario. Más que una mala aplicación de la VNC, lo que se dio fue una crasa falencia de conducción política de la contienda contenida una vez el MNJ accedió al poder. No deja de ser irónico que Coard, señalado peyorativamente como un ultraleninista, haya sido quien, en contravía del pragmatismo de Bishop, defendiera con mayor lucidez la necesidad de promover y reconciliar una significativa participación popular con la dirección partidaria; ello para contrarrestar la pérdida de vigor del proyecto original del manifiesto. Evidencia de esto es la conformación, en julio de 1983, de un entramado institucional, mediante una comisión constitucional, para que se efectuaran elecciones después de un proceso de consulta constituyente. El excesivo secretismo del régimen —en cuanto a las disyuntivas internas y a la reorientación de los objetivos comunes— relegó la fuente del apoyo popular a la percepción de beneficios materiales y a la atracción carismática de Bishop. Cuando la economía empezó a decaer en 1983, los gastos sociales fueron recortados y los intentos por incentivar la acción colectiva ciudadana resultaron cada vez más estériles. Las redes sociales se vieron trastocadas en los marcos socioculturales, ya que los/as granadinos/as aumentaron su desconfianza respecto de cierto autoritarismo y desprecio de los valores autóctonos y tradicionales por parte de las capas del gobierno con las cuales tenían trato directo (Thorndike, 1990). No sorprende, entonces, la explosión de la población ante la detención de Bishop a manos del ERP. De hecho, el rescate del aclamado y magnético líder puede contemplarse como la movilización más auténtica de la acción colectiva del poder popular, más allá de su lamentable final. La falta de tino de Coard y de los militares a la cabeza del gobierno temporal fue el caldo de cultivo para la inicial aprobación civil de la intervención estadounidense. Puede sugerirse que el momento elegido por la facción de Coard para hacerse con el poder se debe justamente a la intención de soslayar la institucionalización y el apuntalamiento del gobierno de Bishop. El error fundamental de ese bando fue no entender que “ninguna transición exitosa al socialismo ha sido dirigida por un comité” (Heine, 1990a, p. 280). Limitar los poderes del liderazgo carismático trae como contraindicación pérdidas en la capacidad movilizadora

y organizativa de la acción colectiva popular. Coard quiso dispersar el poder político antes de que ese poder hubiera sido efectivamente creado y concentrado.

Por su parte, Bishop flaqueó en el cuidado de sus recursos políticos personales (las bases), en la protección de la gente de su confianza y en la detección temprana de los ardides de la oposición, dentro y fuera del partido. Su capacidad de adquirir y procesar información sobre la situación sociopolítica y económica dependió en gran medida de las altas esferas del MNJ. La indefectible pericia de un líder para diagnosticar peligros potenciales y actuar en consecuencia quedó severamente comprometida. Ejemplo de ello es la sumisión con la que Bishop aceptó el panorama alarmista acerca de la desintegración "perentoria" de la revolución a mediados de 1983, y con la que claudicó ante la posterior asunción de la fórmula de liderato dual que inyectó reciedumbre a las ansias de poder de Coard. El recurso principal de Bishop, su gigantesca popularidad, se mantuvo intacto, pero su robustez factual al interior del movimiento se erosionó irrevocablemente.

Tras haber aplazado periódicamente sus promesas de democracia, el GRP estuvo dispuesto a renunciar a buena parte de su soberanía en pro de una apreciación reduccionista y utilitaria del socialismo. Es cierto que una intoxicación revolucionaria por embriaguez teórica (Coard) o por exceso de confianza carismática (Bishop) aquejó a la dinámica contenciosa. Una opción factible habría sido, sin exculpar la actitud criminal de Coard y su séquito, como sostiene Whitehead (1990), una revisión juiciosa de los supuestos y las prioridades estratégicas por parte de Bishop, algo en lo que jamás llegó a cavilar. Aun cuando Granada hubiera contado con un liderazgo más preclaro y ceñido a los principios del MNJ, habría seguido siendo una empresa titánica el querer equilibrar constructivamente "las exigencias de la soberanía nacional, la participación democrática y el avance hacia el socialismo" (p. 362).

## Bibliografía

- Domínguez Ávila, C. F. (2008). Bipolaridad, autodeterminación, y oposición al intervencionismo: Granada frente a la segunda guerra fría (1979–1983). *Projeto História*, (36), 85–101. <https://revistas.pucsp.br/index.php/revph/article/view/2338>
- Gené, M., & Vommaro, G. (2011). Por una sociología de lo político [Presentación]. En M. Offerlé, *Perímetros de lo político: Contribuciones a una socio-historia de la política* (pp. 7–23). Antropofagia.
- Pedrosa, F. & Gómez Talavera, P. (2014). La izquierda transnacional y la revolución en Granada (1979–1983). *Anuario Digital*, (26), 227–254. <http://hdl.handle.net/2133/5638>
- González Urdaneta, A. (1982). La revolución de Granada. *Nueva Sociedad*, (59), 81–92. <https://nuso.org/articulo/la-revolucion-de-granada/>
- Heine, J. (1990a). El héroe y el burócrata: carisma, conducción política y crisis en Granada. En J. Heine (Comp.), *Revolución e intervención en el Caribe: las lecciones de Granada* (pp. 243–284). Grupo Editor Latinoamericano.
- Heine, J. (1990b). Introducción: una revolución abortada. En J. Heine (Comp.), *Revolución e intervención en el Caribe: las lecciones de Granada* (pp. 9–34). Grupo Editor Latinoamericano.
- Henry, P. (1990). Socialismo y transformación cultural en Granada. En J. Heine (Comp.), *Revolución e intervención en el Caribe: las lecciones de Granada* (pp. 63–96). Grupo Editor Latinoamericano.
- Joefield-Napier, W. (1990). Crecimiento macroeconómico bajo el GRP: una evaluación. En J. Heine (Comp.), *Revolución e intervención en el Caribe: las lecciones de Granada* (pp. 97–136). Grupo Editor Latinoamericano.
- McAdam, D., McCarthy, J. D., & Zald, M. N. (1999). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (S. Chaparro, Trad.). Istmo. (Obra original publicada en 1996).
- McAdam, D., Tarrow, S., & Tilly, C. (2005). *Dinámica de la contienda política*. Hacer.
- Pérez Reisler, J. R. (2019). *Granada: la revolución inconclusa*. [Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid]. Repositorio institucional. <https://hdl.handle.net/20.500.14352/11215>
- Suárez Salazar, L. A., & García Lorenzo, T. (2008). *Las relaciones interamericanas: continuidades y cambios*. CLACSO.
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza.
- Thorndike, T. (1990). Teoría y práctica del poder popular. En J. Heine (Comp.), *Revolución e intervención en el Caribe: las lecciones de Granada* (pp. 37–62). Grupo Editor Latinoamericano.
- Tilly, C. (1978). *From Mobilization to Revolution*. Random House.
- Whitehead, L. (1990). Soberanía, democracia y socialismo: reflexiones sobre la experiencia de Granada. En J. Heine (Comp.), *Revolución e intervención en el Caribe: las lecciones de Granada* (pp. 345–362). Grupo Editor Latinoamericano.